



Cuidados, infancias y migraciones.

Experiencias emocionales de migrantes e hijos de migrantes bolivianos en Argentina

Stefania Cardonetti

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Buenos Aires, Argentina

<https://orcid.org/0000-0003-1561-6935>

Guadalupe Blanco Rodríguez

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Buenos Aires, Argentina

<https://orcid.org/0000-0001-5972-6365>

Introducción

Las migraciones desde Bolivia hacia Argentina fueron estudiadas en sus múltiples dimensiones por la sociología, la antropología y la historia. Las investigaciones revelaron que a principios del siglo XX estos desplazamientos eran eminentemente masculinos y estacionales y que, en la segunda parte de ese siglo, mutaron hacia migraciones permanentes, con cantidades similares de hombres y mujeres. El rol de las redes sociales fue central en la decisión de migrar: los contactos, el acceso a la información y el apoyo de parientes y paisanos fueron claves para las estrategias y los proyectos individuales y colectivos de los migrantes (CASSANELLO, 2016).

Durante el periodo mencionado las características de la migración estuvieron vinculadas tanto a esas redes sociales, como a las condiciones y posibilidades laborales en Argentina. En la década de 1930 los flujos respondían a las necesidades de mano de obra de las provincias fronterizas entre Bolivia y Argentina, las personas migraban para trabajar en la zafra en Salta y Jujuy. Sin embargo, cuando las economías regionales decrecieron, las migraciones desde Bolivia hacia Argentina se dirigieron a las grandes ciudades (JELIN; PAZ, 1991).

A partir de la década de 1970, los migrantes bolivianos acompañaron la reestructuración de la horticultura en la provincia de Buenos Aires y devinieron en protagonistas fundamentales de la dinámica económica de vastos sectores del cordón hortícola (BENENCIA, 2005, 2017; RINGUELET, 2008). En ese marco, lo “familiar”, los lazos de parentesco y el paisanaje aparecieron en las preocupaciones de los investigadores, en la medida en que eran familias nucleares enteras, parientes y paisanos quienes participaban en el desarrollo económico de sectores como la horticultura (BENENCIA, 1997, 2005; LUCIFORA, 1997).

Hacia finales del siglo XX la migración boliviana se perfilaba como familiar, pero fue hace pocos años que, desde una perspectiva de género, las investigaciones comenzaron a poner el foco en las transformaciones que produce la migración al interior de las familias: las desigualdades de edad y de género, las jerarquías entre sus miembros, los conflictos en la distribución de tareas remuneradas y no remuneradas y las particularidades del trabajo de cuidado¹ (MAGLIANO; MALLIMACI, 2018; MALLIMACI, 2011).

Uno de los aportes de estas investigaciones fue evidenciar que las mujeres migrantes bolivianas y sus hijas realizan tareas domésticas, de cuidado y trabajo para el mercado, mientras que los hombres se encargan mayoritariamente de tareas remuneradas, lo que las deja como responsables de una cantidad de trabajo mayor (MAGLIANO, 2013; TRPIN; BROUCHOUD, 2014). Asimismo, se demostró que, en varios rubros donde se desempeñan los migrantes bolivianos en Argentina, los espacios del trabajo remunerado y no remunerado se superponen: mercados frutihortícolas, quintas, venta de ropa en ferias y talleres textiles, son algunos de los casos relevantes. Esto supone que las mujeres deban realizar los distintos tipos de tareas — cuidado y

1 La perspectiva de género resulta central para revisar nociones androcéntricas del trabajo, el cuidado y la infancia y por ello partimos desde allí. La incorporación de la perspectiva de género en los estudios migratorios impulsó distintas aristas para problematizar las migraciones, el trabajo y la familia. Asimismo, la definición de lo que podía entenderse o no como trabajo en el marco de los estudios migratorios fue ampliada. Se discutieron criterios androcéntricos que vinculaban solo a los varones con el trabajo en la migración, y el trabajo de cuidado y doméstico – tanto para el mercado como el que se realizaba para la familia – fueron incorporados al análisis de las desigualdades en los procesos migratorios, tanto entre hombres y mujeres, como entre mujeres. En relación a los y las sujetos/as que entrevistamos, cabe aclarar que nos referimos a ellos/as como varones y mujeres porque es la manera en que se nombran a sí mismos. De acuerdo con las características del campo y los relevamientos realizados, utilizar otras formas de nombrarlos sería forzado.

trabajo para el mercado — en simultáneo, aunque presentan características difíciles de conciliar (BLANCO RODRIGUEZ, 2022a). Esa superposición, y la necesidad de cuidar de los niños, genera que estos y los adolescentes estén en los lugares de trabajo compartiendo espacios con sus adultos responsables. Asimismo, implica que sean cuidados y eventualmente cuiden a otros niños allí.

Como señalamos, esa superposición es evidente pero sus implicancias en las experiencias laborales y familiares de las personas no fueron abordadas por las investigaciones sobre género y migraciones hasta hace poco tiempo (BLANCO RODRIGUEZ, 2022b; MALLIMACI, 2011). Desde los estudios sobre jóvenes migrantes e hijos de migrantes tampoco se puso el foco en esta superposición y lo que supone en las experiencias de cuidado de niños y adolescentes. Estas investigaciones realizaron aportes sobre los modos de participación ciudadana de jóvenes migrantes e hijos de migrantes bolivianos, sus formas de identificación, las trayectorias educativas marcadas por el proceso migratorio y las condiciones laborales, y se ha puesto el foco en cómo es visto y evaluado públicamente el trabajo de los niños (GAVAZZO, 2014; MORZILLI, 2020; NOVARO; DIEZ, 2011; RUEDA, 2022).

Todavía resta abordar las experiencias de quienes fueron cuidados en los espacios laborales donde se desempeñan y se desempeñaron sus familias y conocer cómo recuerdan y representan las emociones asociadas a esos cuidados, que son importantes para evidenciar aspectos centrales de sus migraciones y/o las de sus familias ¿Cómo recuerdan sus experiencias de cuidado? ¿Cómo experimentaron cuidar a otros niños y niñas?

Proponemos responder estos interrogantes a través de las herramientas que nos brinda la historia de las emociones. La dimensión emocional es central para problematizar los recuerdos que estos jóvenes evocan respecto del cuidado que recibieron en su infancia y del que realizaron en los espacios de trabajo de sus familias. Estudiar las emociones que suscita la migración desde una perspectiva geográfica, historizada y espacialmente situada permite comprender la complejidad de las experiencias emocionales y los cambios que produce la situación migratoria en las familias, y la forma en que los migrantes y sus hijos interactúan con la sociedad receptora. ¿Qué emociones vinculan a sus experiencias? ¿Cuáles son relevantes en los testimonios de los jóvenes?

Cabe destacar que una de las características de la migración boliviana hacia Argentina es que el flujo se divide entre aquellos migrantes que se insertan en la ciudad, y otro porcentaje de productores que se desempeñan en sectores rurales y periurbanos. Aunque las experiencias de asentamiento y trabajo familiar de bolivianos en las zonas urbanas y periurbanas fueron analizadas como compartimentos estancos, aquí proponemos establecer un cruce entre las vivencias de los niños y jóvenes de ambas zonas. Entonces, nos preguntamos ¿Las experiencias emocionales son distintas en la ciudad y la zona rural/periurbana? Si lo son, ¿Cuáles son esas diferencias en las experiencias emocionales?

Nuestra hipótesis es que las experiencias, así como los contenidos emocionales pueden ser disímiles en las dos zonas geográficas — quintas y sectores urbanos — de las que se ocupa este trabajo. Proponemos dar cuenta de las diferencias marcadas por las dificultades y las ventajas que cada espacio brinda a las familias por sus características, por la distancia entre el lugar de trabajo, la vivienda y las escuelas y por la presencia o no de la mirada estatal en esos espacios. Para analizarlo utilizamos 10 entrevistas realizadas a jóvenes hombres y mujeres migrantes e hijos de migrantes de hasta 35 años, que residen en los partidos de Quilmes y General Pueyrredón — que se destacan por ser zonas de Argentina donde se asentó una cantidad relevante de migrantes bolivianos. Cinco corresponden a experiencias de vida en las quintas, y cinco a experiencias urbanas. Las entrevistas a jóvenes con experiencias en las

quintas fueron realizadas en los mismos espacios de trabajo y el contacto con ellos surgió a través de informantes o en el Centro de Residentes Bolivianos de General Pueyrredón. En las zonas urbanas, los jóvenes fueron entrevistados en sus hogares y en todos los casos, luego de obtener el permiso para grabar las entrevistas, trabajamos con el análisis de transcripciones.

Además de la introducción y la conclusión, el artículo se divide en dos apartados. En el primero reconstruimos cómo recuerdan los niños su paso por los espacios de trabajo, lo que hacían allí y cómo fueron sus experiencias de cuidado. En el segundo nos detenemos en las emociones asociadas a esos cuidados y las diferencias en las experiencias emocionales entre quienes vivían en la ciudad y quienes habitaban en el periurbano.

El cuidado en la superposición de los espacios domésticos y de trabajo para el mercado desde la perspectiva de los jóvenes

Las historias de los jóvenes cuyas familias trabajan o trabajaron en quintas hortícolas comenzaron de formas similares. En la mayoría de los casos, parejas de hombres y mujeres provenientes de Tarija, Bolivia, llegaron a General Pueyrredón y comenzaron a trabajar en el periurbano de la ciudad a partir de los años 70. Aquí nacieron sus hijos y les transmitieron lo que sabían sobre el trabajo. Sin embargo, y aunque en los testimonios haya una fuerte valoración del esfuerzo que los adultos de la familia realizaron al migrar, las actividades de los/as jóvenes comenzaron a diversificarse, produciendo una distancia del propósito que había impulsado la migración de sus padres.

En algunos casos, los jóvenes tomaron rumbos que los separaron del trabajo de sus padres en las quintas, como Laura, que se recibió de enfermera, trabaja en un hospital de la ciudad y nunca realizó actividades agrícolas, aunque su familia posee una quinta hace 30 años. En otros casos, la distancia es relativa y entrecruza distintas actividades para los hijos de los migrantes. En el caso de Miriam, aunque terminó su carrera universitaria y su trabajo fijo es en una biblioteca, ayuda a su marido en la quinta cuando puede y él la necesita. En una situación similar, Mariana estudia para ser chef y trabaja en la ciudad en un local de ropa que le permite conciliar sus horarios de estudio y trabajo. En su experiencia, la forma de colaborar con su familia en la quinta es “llevarles las cuentas”.

En este sentido, el trabajo hortícola, que significó un gran esfuerzo y sacrificio sobre todo en los primeros años posteriores a la migración para sus padres y madres, abrió posibilidades para los jóvenes, que pudieron utilizar los beneficios que obtuvieron junto a ellos en el trabajo hortícola y dedicarse a otras actividades. Aunque en algunos casos no signifique la finalización de sus responsabilidades con el trabajo familiar, existe la posibilidad de estudiar, conseguir otros empleos y reducir la participación en las quintas. La colaboración en el trabajo familiar sigue siendo importante, pero no invalida nuevos proyectos.

Ahora bien, aunque sus historias personales pueden diferenciarse de las de sus padres, todos los jóvenes entrevistados fueron cuidados por sus familias dentro de los espacios de las quintas cuando eran pequeños. Sus madres debían participar del trabajo hortícola a la par de los hombres, incluso al poco tiempo de dar a luz. Por ello, consideraban que llevarlos a la quinta era la mejor opción porque podían “mirarlos” mientras trabajaban (BLANCO RODRIGUEZ, 2022b). Dejarlos en la casa — que en general está dentro del predio de las quintas, pero en algunos casos a distancias que pueden superar los 200 metros — no les parecía la mejor opción, dado que los niños y niñas podrían golpearse o accidentarse al encontrarse solos (BLANCO RODRÍGUEZ, 2022a). Allí podían compartir con sus hermanos y/u otros niños, si es que en la quinta trabajaba

más de una familia. Daniela, que cuando la entrevistamos tenía 20 años y estudiaba en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Mar del Plata, recordó las actividades y juegos que practicaba cuando su mamá los llevaba allí para cuidarlos.

En realidad, jugábamos a cosechar, estaban todos mis hermanos... jugábamos y cuando estábamos cansados yo me acuerdo que mi mamá, teníamos un lugar, árboles, cubierto con plantas y ahí descansábamos, venía mi mamá y nos daba el té también, me re acuerdo (Entrevista a Daniela, Mar del Plata, marzo de 2017).

Los entrevistados crecieron y fueron cuidados en las quintas mientras sus padres trabajaban y, jugando, aprendieron tareas asociadas al trabajo. Como señalaron Frasco Zuker (2019) y Rueda (2022), el trabajo de los niños, muchas veces, puede constituirse en términos de cuidado, especialmente cuando sus madres no tienen otra opción que llevarlos con ellas mientras trabajan. Eso puede verse en los testimonios de los jóvenes entrevistados que, sin excepción, comenzaron a involucrarse en tareas hortícolas porque eran llevados a los espacios de trabajo por sus familias que creían que, ante su mirada atenta, podían cuidarlos mejor mientras se entretenían realizando tareas en la horticultura.

En efecto, como muestra el testimonio de Daniela, los juegos que podían tener lugar en las quintas estaban vinculados a los recursos que tenían allí, lo que con el tiempo derivó en el aprendizaje y la inserción en el trabajo familiar. Ahora bien, mientras jugaban y adquirían saberes hortícolas también cuidaban de otros niños más pequeños. Especialmente las niñas y adolescentes podían convertirse en cuidadoras de sus hermanos. El testimonio de Mariana, entrevistada a sus 23 años, que estudiaba para ser chef mientras se encargaba de “las cuentas” de la quinta de su familia, es significativo: “Los más chicos que me siguen a mí sí, los cuidaba, la ayudaba a mi madre en cuidarlos y eso.” (Entrevista a Mariana, Mar del Plata, 2017).

Por su parte, Miriam, entrevistada a sus 35 años, se había recibido de bibliotecaria, trabajaba en la biblioteca de su localidad y ayudaba a su marido en la quinta cuando él la necesitaba, expresó:

Cuando ya tenía doce años nació mi hermano el que me sigue y ya me dediqué más a cuidar a mis hermanos (...) no había niñera, no podían pagar, no se estilaba, no había con quién dejarlos (...) Y mientras ayudábamos, la mayoría de la gente lo llevaba [a la quinta] porque no tenían con quien dejarlos (Entrevista a Miriam, estación Chapadmalal, 2017).

Sus testimonios muestran que ellas, que desde pequeñas fueron cuidadas en las quintas hortícolas mientras sus padres trabajaban, cuando crecieron se convirtieron en quienes cuidaban a sus hermanos. Esta responsabilidad responde a que son, no las hijas más grandes de la familia, pero sí las mujeres mayores entre sus hermanos. Aunque ambas tienen hermanos varones de una edad adulta mayor, cuando crecían, ellos se dedicaron a “ayudar”² de forma exclusiva en el trabajo hortícola y a estudiar, mientras que ellas, aunque realizaban tareas agrícolas e iban a la escuela, también eran responsables de colaborar en el cuidado o preparar los almuerzos.

2 Utilizamos “ayudar” porque es la categoría nativa con la que los jóvenes suelen referirse al trabajo que realizan en las quintas. En general, expresan que “ayudan” a sus padres, porque son ellos quienes realizan las tareas más pesadas.

En ese sentido, en las quintas hortícolas, la superposición significa que niños y niñas sean cuidados en los espacios de trabajo. Los recuerdos sobre ese cuidado aparecen vinculados al aprendizaje de las tareas hortícolas a través del juego, a las que luego fueron incorporándose de forma habitual. En el caso de las jóvenes mujeres, llegado el momento en que no requerían el cuidado de sus madres, no solo fueron incorporándose a las tareas hortícolas que habían aprendido, sino que también ocuparon el lugar de cuidadoras de sus hermanos más pequeños y de responsables de tareas domésticas (BLANCO RODRÍGUEZ, 2022b).

Por su parte, la ciudad muestra una dinámica cotidiana distinta. Podríamos analizar una variedad de experiencias en las que el cuidado y las tareas laborales se superponen, pero pusimos el foco en la venta de ropa en ferias en distintos espacios del conurbano y en el Mercado Frutihortícola ubicado en el límite entre las ciudades de Quilmes y Berazategui. Si nos centramos en el mercado, encontramos un mundo social en el que, en cada uno de los más de 50 puestos, trabajan familias que se dedican entre las 3 y las 11 de la mañana a realizar sus labores mientras resuelven en ese mismo lugar de trabajo el cuidado de niños y niñas. Dentro del mercado, las principales tareas son vender frutas y verduras por menor y por mayor, ordenar el puesto, organizar y reponer mercadería y la cobranza.

Giuliana, de 32 años, concurre desde los 10 al mercado con sus padres, migrantes bolivianos que llegaron a la Argentina en la década de 1970. Cuando su madre arribó, se dedicó a distintos oficios entre los que se incluía la venta ambulante. En aquellos primeros años, luego de la migración, no veía como la mejor opción llevar a sus hijos a trabajar con ella en la vía pública y prefirió dejarlos con su hermana, con la que se repartían el cuidado. Este tipo de historias es recurrente entre los migrantes que viven en la ciudad y esto establece una primera diferencia con las quintas, donde todos los adultos trabajan en jornadas que no tienen horarios fijos, sino que se organizan según los tiempos de crecimiento de las hortalizas. En la ciudad, la presencia de parientas que tienen trabajos remunerados con horarios flexibles, como la venta ambulante o el trabajo en casas particulares, permite otro tipo de arreglos en el cuidado de los niños.

Igualmente, esa situación duró poco en la vida de Giuliana. Cuando ingresaron a trabajar en el mercado, sus padres decidieron llevarla allí diariamente y, siendo niña, compartió el espacio de trabajo con ellos. Desde su experiencia este proceso comenzó como algo lúdico:

En un primer momento es como que lo hacés... como decir...como ayudando o como un juego. Como un juego lo hacés y así les pasa a todos los niños de la colectividad porque como que es muy común que los chicos ayuden a sus papás (Entrevista a Giuliana, Quilmes, 2017).

Giuliana ve la presencia de los niños allí como algo cotidiano y lo remarca como una característica de la colectividad boliviana. Los testimonios muestran que la presencia de los niños en el ámbito laboral, además de ser un juego para ellos, implica una forma de crianza en la que los padres pretenden inculcar a sus hijos la disciplina del trabajo y les enseñan a atribuirle un valor específico al dinero. Tal como sucede con los jóvenes con experiencias de trabajo en las quintas, quienes fueron cuidados en la superposición de los trabajos domésticos y de cuidado en la ciudad y aprendieron a trabajar, ellos creen que eso fue central para su sustento y lo entienden como una forma de cuidado hacia ellos (BLANCO RODRÍGUEZ, 2020, 2022a).

Cuando Giuliana era niña se levantaba a la madrugada con sus padres para asistir al puesto y, al terminar la jornada laboral, se dirigía hacia la escuela en un colectivo que le permitía estar allí en menos de media hora. Esto establece otra diferencia entre las experiencias en las quintas y la ciudad, porque el acceso a la escuela, que es una institución central en el cuidado de los niños, puede conciliarse con bastante facilidad con las actividades para el mercado. En las quintas,

asistir a las instituciones educativas supone largos trayectos por el campo, que muchas veces los niños y niñas debían realizar solos, pero en la ciudad las distancias son cortas y eso permite que enviar a los niños al colegio no se convierta en un problema para la familia.

Los testimonios de los jóvenes evidencian que la dimensión espacial es clave para comprender las formas en que experimentaron ser cuidados y, cuando fue necesario, cuidar de sus hermanos en la superposición entre el trabajo para el mercado y el espacio doméstico. Dentro del Mercado Frutihortícola los puestos son semicerrados con maderas y es fácil tener a la vista a los niños mientras se realiza el trabajo, algo distinto a lo que puede ocurrir en las quintas, donde se trabaja en espacios abiertos y con circulación de tractores y camiones que pueden volver los espacios peligrosos. Según Brenda, quien hoy es policía, pero sigue colaborando en el negocio familiar, trabajar en las ferias de ropa al aire libre puede ser una experiencia hostil, especialmente cuando comienza la jornada porque cuando hace calor o frío están a la intemperie mientras arman los puestos, pero dada la dinámica del negocio, actualmente solo lo hacen tres días a la semana. Contrariamente, en las quintas, donde el clima es una de las principales problemáticas para los niños, la temporada de primavera verano requiere trabajo de sol a sol, con o sin lluvia, de domingo a domingo, como señaló Margarita, de 23 años: “Estar en el campo ahí, en pleno calor, eso es lo que me resulta más pesado, estás ahí muriéndote de calor.” (Entrevista a Margarita, Batán, 2017).

Aunque los entrevistados destacaron que de niños se divertían y jugaban en las quintas, muchas veces el calor o el frío volvían complejas sus estadías allí. Como destacó Daniela, son sus madres las que buscan lugares de resguardo para ellos en los mismos predios, especialmente bajo los árboles. Es posible que una de las mayores diferencias entre las experiencias de cuidado en las quintas y en los ámbitos urbanos sea la exposición a estos climas adversos, que en la horticultura suele ser más prolongada.

Aunque las características espaciales pueden ser distintas, las diferencias en relación al género y a la edad se sostienen en los trabajos que se realizan en la ciudad. En la dinámica familiar, según el testimonio de Brenda, las hermanas mayores cumplen el rol de cuidar, cocinar y limpiar mientras que sus padres trabajan. Al igual que las hermanas mujeres mayores en las quintas, cuando crecieron debieron ocuparse del cuidado de los menores. Igualmente, como sucedía con las jóvenes en las quintas, las tareas domésticas y de cuidado no impidieron que Brenda participara activamente en el negocio familiar. Ella y sus hermanos aprendieron el oficio y luego de que cumplieron 15 años se incorporaron plenamente. Del mismo modo, la participación del negocio familiar y en el cuidado de los hermanos menores no invalida otros proyectos: Giuliana es organizadora de eventos y Brenda policía de la provincia de Buenos Aires, pero ninguna abandonó el negocio familiar. Giuliana tiene su propio puesto en el Mercado Frutihortícola y Brenda trabaja en sus días libres en la feria de ropa con sus hermanos, lo que muestra una diversidad de empleos entre los jóvenes, que confluyen con su participación en el trabajo familiar, como habíamos observado para la horticultura.

Hasta aquí, los testimonios mostraron que las características espaciales de los lugares donde el trabajo de cuidado y para el mercado se superponen gravitan en cómo se podrá resolver ese cuidado, y las dificultades que supondrá para las familias. Mientras que en las quintas existen complicaciones para acceder a instituciones alejadas del campo o por tener que realizar el trabajo al aire libre durante largos períodos con climas adversos, en la ciudad, todo parece resolverse de un modo más simple. Las distancias cortas y la diversificación de empleos entre los miembros de la familia posibilitan distintos horarios laborales y permiten elaborar una variedad de estrategias para resolver las tareas de cuidado. Aunque en muchos momentos se da la superposición entre el cuidado y el trabajo remunerado, también es cierto que la ciudad otorga facilidades. El espacio geográfico en el que se realizan las tareas de cuidado supone

experiencias particulares, por ello en el próximo apartado analizaremos las experiencias emocionales de los jóvenes según donde fueron criados y cuidados y algunas distinciones de género y edad relevantes para el análisis.

Las emociones del cuidado

Las experiencias vinculadas al cuidado y las dinámicas emocionales asociadas a ellas están atravesadas por el proceso migratorio familiar por el lugar que se ocupa en la estructura de la familia, el género, el tipo de trabajo que se desarrolla, por las características espaciales y geográficas del lugar en el que viven y trabajan y por el tipo de vínculo y la distancia que se establece con los agentes estatales. En ese sentido, el concepto de *emotionally heightened spaces*³ (ANDERSON; SMITH, 2001, p. 3) permite dar cuenta de cómo los espacios de trabajo se constituyen a partir de una variedad de experiencias emocionales y evocan sentimientos específicos ligados a los cuidados, en tanto se desarrollan específicamente en esos espacios.

Las familias de los jóvenes con experiencias en las quintas hortícolas están asentadas en Argentina hace décadas y lograron mejorar sus condiciones de vida. Las necesidades materiales que impulsaron su migración fueron, en menor o mayor medida, resueltas. Sin embargo, en un primer momento, eso no era así porque sus familias provienen de contextos de pobreza, condiciones habitacionales precarias y escaso acceso a la educación.

Por ello, el aprendizaje del trabajo hortícola, que supone la posibilidad de tener un sustento, es motivo de orgullo para los jóvenes. Cuando describen que sus padres los cuidaron desde pequeños en las quintas y, allí les enseñaron a trabajar, evocan el orgullo que les produce el progreso de sus familias — que también los incluye, en tanto colaboraron desde pequeños para lograrlo. Ese orgullo responde a haber aprendido las tareas hortícolas y a haber ayudado cocinando o cuidando de otros niños mientras la familia trabajaba para mejorar la situación económica.

Estos jóvenes, aunque con las dificultades de acceso que señalamos en el apartado anterior, tuvieron la educación primaria y secundaria a la que sus padres no accedieron. Si bien algunos/as, como Mariana, sostienen los discursos del esfuerzo de sus padres y la necesidad de darles continuidad, otros, como Miriam, destacan los frutos de ese trabajo, pero sostienen sus ideas de buscar otras posibilidades. Los jóvenes discuten las nociones de la “pobreza honrada” (NOVARO; DIEZ; MARTINEZ, 2017, p. 30) que atraviesan los discursos de los adultos y de muchos miembros de la colectividad y buscan otras formas de ascenso social. Cuando la entrevistamos, Daniela destacó una anécdota respecto de la decisión de su hermana de estudiar que muestra esto claramente:

Mi hermana estaba en secundaria, le faltaban dos años para terminar, se cansó de la quinta y dijo que iba a estudiar. Me contó mi mamá que un día estaba carpiendo lechuga y tiró el sapin y dijo que se iba a dedicar a estudiar porque no quería trabajar en la quinta. Mi papá le dijo no le iba a dar plata, pero igual estudio bastante (Entrevista a Daniela, Mar del Plata, 2017).

3 Se trata de espacios impregnados de un denso contenido emocional que se expresa de forma diferente en los distintos territorios que habitan las personas.

Las emociones que pueden aparecer en los testimonios de sus padres y que se vinculan a la dignidad que supone trabajar, incluso en contextos precarios y donde el trabajo requiere un gran esfuerzo físico, son puestos en cuestión. El testimonio de Daniela destaca que luego de ese día su hermana se había sentido enojada al punto de tensar la relación con su padre. Si bien luego todo estuvo bien, en buena medida, fue porque ella finalmente logró estudiar. En efecto, el trabajo hortícola y haber sido cuidados y criados allí obteniendo saberes sobre un sector al que consideran “boliviano”, generan sentimientos de pertenencia y evocan emociones de orgullo y honra para los jóvenes, pero no necesariamente del mismo modo que para sus padres. La apertura a otras posibilidades hace que cuestionen el trabajo a cualquier costo y los pone en situaciones de conflicto con los adultos.

Asimismo, los jóvenes destacan que cuando estudian y logran graduarse, eso se convierte en un motivo de orgullo para sus padres, aunque en un primer momento se opongan a que se retiren de la quinta. Según sostienen, como en el caso de la hermana de Daniela, muchas veces las mujeres buscan distanciarse del trabajo hortícola dado que, por haber cuidado de sus hermanos, saben que es difícil conciliar esas tareas con sus labores en la horticultura. Aunque destacan el valor del trabajo de las mujeres adultas, reconocen sentirse agotadas por esas tareas y buscan opciones que requieren menos esfuerzo físico y de conciliación de los distintos trabajos. Así, en las quintas, la crianza y el cuidado asociados al trabajo hortícola pueden evocar sentimientos específicos, que varían según el género y la generación. Los jóvenes sienten orgullo por haber sido cuidados por sus familias en las quintas porque ese esfuerzo realizado por trabajar, cuidar y enseñar el trabajo ha logrado el progreso de la familia, pero también evidencian tensiones y desacuerdos que generaron enojo y agobio con sus padres.

Ahora bien, si el contacto con las instituciones educativas podía generar interrupciones entre los jóvenes y sus padres, también produjo emociones específicas respecto de la propia crianza y cuidado y cómo podría interpretarse dentro de esas instituciones. Los jóvenes destacan que, cuando eran niños, sentían que sus familias eran juzgadas por tenerlos en los espacios laborales. Aunque sostienen que su presencia en las quintas respondía a la necesidad de cuidarlos o, cuando ya eran más grandes, de cuidar a otros niños, eso podía ser interpretado por docentes o personas externas a la colectividad, como *trabajo infantil*. Por ello, muchas veces sintieron vergüenza o nervios por lo que podían decir en la escuela. Cuando terminamos la entrevista con Daniela y conversamos de forma más distendida, mencionó algo que resume lo que sentían los jóvenes entrevistados:

Yo creía que no me ibas a entender, porque en la escuela, en cualquier lugar que vas, en todos lados... nadie entiende cómo es nuestra experiencia en el campo, como trabajan nuestras familias (Conversación con Daniela, citas textuales de nuestro diario de campo, 2017).

La vigilancia de los agentes estatales y otras personas externas a la colectividad hacen que, cuando los jóvenes explican cómo eran cuidados, justifiquen que sus padres los tenían en los espacios de trabajo porque no había otras opciones. Cuando se refieren a sus vivencias de la infancia en las quintas, expresan que concurrían a la escuela y que en sus familias eso también era una prioridad, como si debieran justificarse hacia el exterior. Entonces, las emociones que se asocian a ese cuidado en general son de incomodidad, porque se sienten juzgados y creen que deben construir una imagen diferente sobre sí mismos y sus familias para oponerse al discurso que vincula a la migración boliviana y el trabajo hortícola con el *trabajo infantil* y que circula en el plano social más amplio y en las escuelas a las que ellos concurrieron. Por otro lado, el orgullo aparece como un sentimiento que contrarresta esas ideas. Los jóvenes destacan que la crianza y el cuidado que sus padres les brindaron en las quintas les permitió aprender el

trabajo y colaborar para que sus familias progresen, aunque hayan tomado otros caminos que implicaron conflictos, y aunque los agentes de las instituciones a las que concurrían creyeran que su presencia en las quintas tendría consecuencias negativas para ellos.

Por su parte, cuidar y ser cuidado en las zonas urbanas es una experiencia jalonada por un espectro de emociones que oscila entre el orgullo y la vergüenza, el dolor y el sufrimiento. En ese sentido, las ferias y el mercado fueron espacios de socialización centrales para nuestros entrevistados, allí aprendieron un oficio y se incorporaron con los adultos a una arena emocional que moldeó su infancia.

En muchos casos, antes de asentarse en el conurbano, los padres y madres de estos jóvenes tuvieron derroteros inestables. Luego de migrar vivieron en villas de emergencia ubicadas en la ciudad de Buenos Aires y el proceso fue acompañado de una experiencia de pobreza material, tanto en Bolivia como en Argentina, que pudieron superar gradualmente gracias a un proceso de movilidad social ascendente. Los testimonios de nuestros entrevistados muestran que esas experiencias les fueron transmitidas a partir de una idea central: la posibilidad de sortear las dificultades materiales gracias a un arduo trabajo cotidiano.

Ahora bien, sus padres les transmitían sus trayectorias a través de las palabras, pero también los incluían en los espacios de trabajo para que comprendan esos valores. La decisión de tener a los niños en las ferias y los mercados respondía a la necesidad de cuidarlos, pero también a la idea de que estando allí podrían aprender sobre el trabajo y garantizarles seguridad a futuro, tal y como destacaron los jóvenes con experiencias en las quintas hortícolas. Así, las experiencias emocionales de la migración de sus padres, marcadas por las necesidades y por el sacrificio en el trabajo determinaron las formas en que estos niños y niñas fueron cuidados y los recuerdos que evocan al respecto. Esos recuerdos muestran emociones de sufrimiento por el sacrificio y orgullo por haber logrado mejoras para la familia. La disciplina laboral que los adultos inculcaron fue una dimensión fundamental y, con el tiempo, los jóvenes consideraron estos valores vinculados al trabajo un motivo de orgullo.

Esas memorias construidas a través de generaciones son significativas para nuestros entrevistados porque compartieron espacios laborales con sus padres y creen que al enseñarles a trabajar los protegieron ante las incertidumbres del futuro. Entonces, el aprendizaje sobre el trabajo se constituye como un acto de cuidado hacia ellos (BLANCO RODRÍGUEZ, 2022b). Así, el cuidado que se realiza en los espacios de trabajo, por no tener los medios para dejar a los niños en otros lugares, en los testimonios de los jóvenes deriva en un cuidado que consideran “mayor”: haber aprendido el trabajo gracias a haber estado allí. Un trabajo que les permitió progresar como familia y sentirse orgullosos.

A su vez, la gratitud y orgullo se traducen en otras formas de cuidado. Las reglas implícitas que rigen los deberes y solidaridades intrafamiliares hacen que el cuidado circule en múltiples dimensiones y entre distintos vínculos de parentesco a lo largo del tiempo (MERLA; BALDASSAR, 2016), por ello eventualmente los hijos se vuelven cuidadores de sus padres. Como ha comentado Brenda, ella retomó el negocio familiar de la feria en su adultez y lo combina con su nuevo trabajo porque es una forma de cuidado hacia sus padres que envejecieron y ya no pueden realizar algunas tareas:

Ahí fue nuestra intención de ir a las ferias para que nuestro papá ya no trabaje porque al trabajar también en construcción tenía que levantar cemento, bolsas de cal, cargar y descargar arena (...) cuando pudimos llenar bien de mercadería y tener el puesto estable le dijimos listo pa, dejó de trabajar (Entrevista a Brenda, Ezpeleta, 2017).

Estos sentidos del deber y la ayuda mutua fueron aprendidos en mercados y ferias que abordamos como pequeñas comunidades emocionales en la que sus miembros reconocen cuáles son las emociones fundantes de la comunidad — el orgullo, el sufrimiento — y cuales son aquellos sentimientos que se alientan y que se desprecian dentro del grupo. (ROSENWEIN, 2006). Ser cuidado en el marco de relaciones afectivas que se entrelazan con las lógicas laborales y los valores asociados al trabajo implica socializarse en una arena emocional que las generaciones jóvenes valoran y reproducen. Sin embargo, la valoración del modo de crianza y cuidado que llevaron a cabo los adultos cambió a lo largo de la trayectoria vital de aquellos niños. Como adultos, evocan ese pasado en el que compartían el trabajo con sus padres desde el orgullo, pero en la infancia esa vida cotidiana desencadenó sentimientos de vergüenza y extrañeza porque al compararse con los niños argentinos sentían que había diferencias en los criterios de crianza. Aquí, como en el caso de las quintas, también existen tensiones intergeneracionales.

Giuliana destacó que las tramas culturales dentro del Mercado Frutihortícola eran distintas a las de otros espacios por los que transcurrió su socialización. A medida que crecía notaba diferencias entre ellas y sus amigas de la escuela que le generaban incomodidad y vergüenza. Sus amistades tenían otras costumbres, no conocían las comidas bolivianas que su madre cocinaba, ni compartían algunos códigos vinculados a las tareas que suele realizar un niño cotidianamente. Por vergüenza, Giuliana ocultaba a sus amigas que antes de ir a la escuela ella trabajaba desde temprano con sus padres. Aunque en el Mercado los agentes estatales no aparecen para juzgar las prácticas y los vínculos entre los adultos, los niños y el trabajo como sucede en las quintas, igualmente Giuliana sabía que estaba transgrediendo una norma moral de la sociedad que condena el trabajo infantil.

En síntesis, estos *emotionally heightened spaces* en los que las tareas de cuidado se realizan en simultáneo con las tareas para el mercado suponen experiencias emocionales diversas para los jóvenes entrevistados. Analizadas desde una perspectiva situada, las emociones que suscita el cuidado en la infancia evidencian que las características espaciales y geográficas de los sitios donde crecieron, así como el vínculo con otros actores de la sociedad local, condicionaron sus experiencias emocionales. Así, el orgullo, el miedo y la vergüenza tienen connotaciones y sentidos asociados a los contextos en los que se desarrollaron tanto los cuidados propios, como los que se brindaron a otros.

Reflexiones finales

Las experiencias migratorias de bolivianos en Argentina han sido analizadas con un fuerte énfasis en los adultos. Aquí propusimos problematizar, desde la perspectiva de los jóvenes, la especificidad de cuidar y haber sido cuidados en el marco de la superposición entre los espacios domésticos y de trabajo para el mercado en algunos sectores en los que se insertan quienes migran desde Bolivia. Pusimos el foco en dos espacios geográficos disímiles: el ámbito urbano y las quintas, en los que las prácticas de cuidado adquieren características específicas debido a las distintas posibilidades que se habilitan para las familias.

En las zonas donde se realizan trabajos hortícolas advertimos que los niños y niñas fueron cuidados en los espacios de trabajo, ya que todos los miembros de la familia se desempeñan en la horticultura en simultáneo, y los tiempos de producción están atados al crecimiento de las verduras, lo que no permite establecer horarios fijos. En las quintas los niños juegan mientras aprenden tareas vinculadas a la horticultura, a la que se incorporan cuando crecen. Mientras los jóvenes realizan tareas hortícolas y van a la escuela, las jóvenes tienen esas responsabilidades y también se ocupan de tareas domésticas y del cuidado de niños más pequeños que están

en los espacios productivos. En esas experiencias, los jóvenes destacaron dificultades como las distancias con las instituciones que son centrales para su cuidado y las complicaciones que supone la exposición a climas adversos por tratarse de un trabajo al aire libre.

Por otro lado, en el mundo urbano, en las ferias como en el mercado, los niños también son cuidados en esos espacios laborales en los que aprenden el oficio familiar vinculado a la venta de productos. Allí participan en las tareas cotidianas y los horarios a los que asisten a la escuela se organizan para compatibilizar lo laboral con lo escolar. El espacio urbano tiene la particularidad de acortar distancias entre los sitios por los que transcurre la vida de estas familias (casa, escuela, mercado). Asimismo, dimos cuenta de la sensación de seguridad que ofrecen el mercado o las ferias a la hora de cuidar a los niños en ese lugar por sus características espaciales y por el mayor resguardo que ofrece para el clima. Aquí, como en la zona periurbana, la distribución de tareas está regida por el género, ya que cuando las mujeres crecen combinan sus tareas laborales con el cuidado de sus hermanos.

Mostramos que esas experiencias significaron distintas emociones que tienen coincidencias, pero variaron según el lugar donde transcurrió ese cuidado. Para los jóvenes en general, participar en el trabajo con sus padres significó la incorporación de ellos a una comunidad emocional en la que la migración se asocia al esfuerzo, sacrificio y dolor del que sus padres les hablaron. Esas emociones se transformaron en un sentimiento de orgullo y gratitud por el progreso material. Asimismo, convivir con sus padres en el trabajo fue una forma en la que se inculcó una idea de disciplina laboral para lograr movilidad social ascendente y ese aprendizaje del trabajo es leído como una forma de cuidado porque les garantiza un sustento a futuro.

Ahora bien, aunque tanto en las experiencias de los jóvenes de la ciudad como en las de quienes crecieron en las quintas se destacan los sentimientos de orgullo respecto del trabajo de sus padres, eso implica tensiones. El contacto con instituciones estatales produjo diversas emociones: enojos por la imposibilidad de dejar por completo la quinta para estudiar, vergüenza al percibir que los criterios de crianza de familias externas a la colectividad son distintas a las que ellos conocen, incomodidad al sentirse juzgados en la escuela por los modos de crianza asociados al trabajo.

Entonces, aunque en la ciudad la mirada estatal no aparece explícitamente para juzgar las prácticas cotidianas de las familias como sí sucedió en las quintas, los jóvenes también sienten que están infligiendo normas morales de la sociedad. Así, la complejidad del modo de crianza y cuidado que los adultos lograron moldear generaron experiencias emocionales que van desde el orgullo hacia la vergüenza en ambos casos, pero que cambian según el ámbito en el que se realiza el trabajo o el contacto con las instituciones y las personas en el lugar de destino.

Cruzar la historia de estas migraciones con las herramientas de la historia de las emociones nos permitió comprender, desde la mirada de los jóvenes, experiencias en las que se entrelazan y superponen vínculos familiares, de cuidado, el trabajo cotidiano desde la niñez y la mirada local. En síntesis, este artículo realiza aportes en dos sentidos, por un lado, al analizar el fenómeno migratorio desde la perspectiva de niños y jóvenes permite ver dimensiones poco exploradas de la integración de comunidades migrantes. Al mismo tiempo, el trabajo contribuye a los estudios sobre juventudes al visibilizar y analizar modos diversos de vivenciar la niñez y la juventud que existen en una sociedad como la argentina, atravesada históricamente por el fenómeno migratorio.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANDERSON, K.; SMITH, S. Editorial: Emotional Geographies. **Transactions of the Institute of British Geographers**, Londres, v. 26, n. 1, p. 7–10, mar. 2001.
- BENENCIA, R. De peones a patronos quinteros: movilidad social de familias bolivianas en la periferia bonaerense. **Estudios Migratorios Latinoamericanos**, Buenos Aires, v. 12, n. 35, p. 63–102, 1997.
- _____. Redes sociales de migrantes limítrofes: lazos fuertes y lazos débiles en la conformación de mercados de trabajo hortícola, 2005. In: 7° CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIOS DEL TRABAJO ASET, 2005, Buenos Aires. **Ponencia**. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 2005.
- _____. **Inmigración y economías étnicas: horticultores bolivianos en Argentina**. Sarrebruck: Editorial Académica Española, 2017.
- BLANCO RODRIGUEZ, G. Familias bolivianas en General Pueyrredón: migración, trabajo, dinero, y afecto. **Sudamérica: revista de ciencias sociales**, Mar del Plata, n. 12, p. 74–97, jul. 2020.
- _____. Migraciones y cuidado en las quintas hortícolas de General Pueyrredón: entre el “trabajo infantil” y los accidentes. **Periplos**. Revista de pesquisa sobre migrações, Brasília, v. 6, n. 2, p. 185–210, 2022a.
- _____. **Migraciones, trabajo familiar y género**. La horticultura en General Pueyrredón. 2022. Tesis (Doctorado en Ciencias Sociales y Humanas) – Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2022b.
- CASSANELLO, C. **Migración identidad y memoria: los bolivianos en la Argentina 1970-2010**. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes, 2016.
- FRASCO ZUKER, L. **Cuidar a la gurisada: etnografía sobre trabajo infantil y cuidado en la localidad de Colonia Wanda, Misiones**. 2019. Tesis (Doctorado en Antropología social) – Universidad Nacional de San Martín, San Martín, 2019.
- GAVAZZO, N. La generación de los hijos: identificaciones y participación de los descendientes de bolivianos y paraguayos en Buenos Aires. **Sociedad y equidad**, Santiago de Chile, n. 6, p. 58–87, ene. 2014.
- JELIN, E.; PAZ, G. **Familia/género en América Latina: cuestiones históricas y contemporáneas**. Buenos Aires: CEDES, 1991.
- LUCIFORA, S. Presencias andinas en el sudeste bonaerense: Horticultores y ladrilleros. In: V CONGRESO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL, 1997, La Plata. **Ponencia**. La Plata: Equipo NAYa, 1997.
- MAGLIANO, M. Los significados de vivir múltiples presencias: mujeres bolivianas en Argentina. **Migraciones Internacionales**, Tijuana, v. 7, n. 1, p. 165–95, ene./jun. 2013.
- MAGLIANO, M.; MALLIMACI, A. **Las mujeres latinoamericanas y sus migraciones**. Villa María: EDUVIM, 2018.
- MALLIMACI, A. Migraciones y géneros: formas de narrar los movimientos por parte de migrantes bolivianos/as en Argentina. **Estudios Feministas**, Florianópolis, v. 19, n. 3, p. 751–775, dic. 2011.
- MERLA, L.; BALDASSAR, L. Concluding reflections: ‘Care circulation’ in an increasingly mobile world: further thoughts. **Papers**. Revista de Sociología, Barcelona, v. 101, n. 2, p. 275–284, mar. 2016.
- MORZILLI, M. Trabajo juvenil y trayectorias escolares de jóvenes migrantes. **Trabajo y sociedad**, Santiago del Estero, v. 21, n. 34, p. 309–329, 2020.

NOVARO, G.; DIEZ, M. L. ¿Una inclusión silenciosa o las sutiles formas de la discriminación? Reflexiones a propósito de la escolarización de niños bolivianos. In: COURTIS, C.; PACECCA, M. I. (Orgs.). **Discriminaciones étnicas y nacionales: un diagnóstico participativo**. Buenos Aires: Editores del Puerto y ADC, 2011. p. 37–57.

NOVARO, G.; DIEZ, M. L.; MARTINEZ, L. Distinción, jerarquía e igualdad: algunas claves para pensar la educación en contextos de migración y pobreza. **Cuadernos del instituto nacional de antropología y pensamiento latinoamericano**, Buenos Aires, v. 26, n. 2, p. 23–40, 2017.

RINGUELET, R. La complejidad de un campo social periurbano centrado en la zonas rurales de La Plata. **Mundo Agrario**, La Plata, v. 9, n. 17, p. 1–25, 2008.

ROSENWEIN, B. **Emotional communities in the Early Middle Ages**. Ithaca/Nueva York: Cornell University Press, 2006.

RUEDA, D. **El cordón frutihortícola en la mira: la presencia y el trabajo de niños/as en quintas del cordón frutihortícola marplatense como problema público (2005-2020)**. 2022. Tese (Licenciatura en Sociología) – Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, 2022.

TRPIN, V.; BROUCHOUD, S. Mujeres migrantes en producciones agrarias de río negro: aportes para abordar la interseccionalidad en las desigualdades. **Párrafos Geográficos**, Trelew, v. 13, n. 2, dic. 2014.

RESUMEN

Los trabajos que realizan los migrantes bolivianos y sus hijos en Argentina implican la superposición de los espacios domésticos y de trabajo para el mercado. Esto supone que niños y niñas son cuidados por sus madres en los lugares donde realizan el trabajo remunerado y, en algunos casos, ellos también deben cuidar a otros niños. En este artículo analizamos esas experiencias de cuidado y, a través de entrevistas, reconstruimos cómo recuerdan ese cuidado y las emociones asociadas a él. Como se verá, las experiencias emocionales son diferentes en relación al espacio — quintas hortícolas o zona urbana — en el que aconteció ese cuidado. Aunque en las experiencias de los jóvenes de la ciudad como en las de quienes crecieron en las quintas se destacan sentimientos de orgullo respecto del trabajo de sus padres, eso implica tensiones porque el contacto con las instituciones estatales produjo distintas emociones en los lugares específicos.

Palabras clave: cuidado, emociones, superposición, juventud, migraciones.

Cuidados, infâncias e migrações. Experiências emocionais de jovens migrantes e filhos de migrantes bolivianos na Argentina

RESUMO

O trabalho realizado por migrantes bolivianos e seus filhos na Argentina envolve a sobreposição de espaços de domésticos e de trabalho para o mercado. Isto significa que as crianças são cuidadas por suas mães nos lugares nos quais estas realizam trabalho remunerado e, em alguns casos, também devem cuidar de outras crianças. Neste artigo, analisamos essas experiências de cuidado e, através de entrevistas, reconstruímos como eles se lembram desse cuidado e das emoções associadas a ele. Como será visto, as experiências emocionais são diferentes em relação ao espaço — rural ou urbano — em que os cuidados tiveram lugar. Embora as experiências dos jovens da cidade, assim como daqueles que cresceram na área rural, evidenciem sentimentos de orgulho pelo trabalho de seus pais, isto implica em tensões porque o contato com as instituições estatais produziu emoções diferentes nos lugares específicos.

Palavras-chave: cuidado, emoções, sobreposição, juventude, migrações.

Care, childhood and migration. Emotional experiences of migrants and children of Bolivian migrants in Argentina

ABSTRACT

The work carried out by Bolivian migrants and their children in Argentina involves the overlapping of domestic and market work spaces. This means that children are cared for by their mothers in the places where they carry out paid work and, in some cases, they must also care for other children. In this article we analyze those experiences of care and, through interviews, reconstruct how they remember that care and the emotions associated with it. As will be seen, the emotional experiences are different in relation to the space — rural or urban — in which the care took place. Although the experiences of young people in the city, as well as those who grew up in the farms, highlight feelings of pride in their parents' work, this implies tensions because the contact with state institutions produced different emotions in the specific places.

Keywords:

care, emotions, overlay, youth, migrations.

FECHA DE RECEPCIÓN: 24/08/2022

FECHA DE APROBACIÓN: 25/02/2023



Stefania Cardonetti

Licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), Argentina. Es becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y docente de la Universidad Nacional de Quilmes.

E-mail: stefaniacardonetti91@gmail.com



Guadalupe Blanco Rodríguez

Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de Mar del Plata (USF), Argentina, y doctora en Ciencias Sociales y Humanas por la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), Argentina. Es becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y docente de la Universidad Nacional de Mar del Plata.

E-mail: guadalupeblancorodriguez@gmail.com